LAPSUS INFERNUS

Visto a la distancia, en medio de la barra, el Toño era una silueta menudita que no llamaba la atención. Pero ya cerca, al calor de las voces superpuestas en esos largos recreos que solíamos
estirar en la Ramón Jiménez, su voz -la voz de la experiencia- producía un respeto protocolar entre todos nosotros, los del 7° B, y esto lo hacía crecer, le daba una mayor dimensión, la dimensión del líder indiscutido.
Entre incrédulos y envidiosos, lo escuchábamos relatar sus aventuras amorosas, cómo había salida con Milly la colorada del 6° A, pero también a la par, cómo la engañaba con la hermana de Ferruchi
(musa che, que si se entera me desarma a piñas), hasta que la dejó porque "se hacía la estrecha" y comenzó a rondar a la hija de Don Tito, el verdulero.
Los días cálidos se iban repitiendo y la barra seguía con estas conversaciones en la vereda hasta bien entrada la tarde. Fue Rogelio, circunspecto y detallista, quien notó algún cambio en mí. Como al pasar, en el entretiempo del picado, me preguntó por qué estaba tan callado. La verdad, salvo mi abuela, que con un largo suspiro musitó algo así como "este chico tiene algo, fiebre, no sé, parece pálido", salvo esa intervención premonitoria, digo, nadie en casa advirtió ese ensimismamiento que me embargaba y me mantenía más que calmo. Y la razón, sin embargo, bien visible para mí, seguía siendo un misterio insondable para el resto de la humanidad. Esa razón tenía formas -que más que verlas, las adivinaba bajo el delantal- y tenía nombre: Matilda.
Ella se paseaba con su compañera y amiga íntima tomadas del brazo, hablando en silencio vaya a saber uno qué cosas, haciendo un círculo perfecto por el viejo patio de la escuela. Para los chicos no era un objetivo alcanzable, "se hacía la difícil", y lo que para nosotros era una muestra inefable de altanería, hizo que se la rotulara como una presa no deseada. Pero lo que en silencio todos barruntábamos era que, a la vista de sus trenzas doradas, de su rostro pecoso y terso, de sus ojos celestes que muy pocas veces se dignaba dirigir hacia nosotros -la turba del otro séptimo-; a pesar de todo eso, creo, nos sentíamos como zorros recelosos que pintan de un color inexistente las brevas más altas de la viña.
Me confié a Rogelio. Le dije que hacía unas pocas semanas que, en el último acto escolar, odioso, pesado, largo -aunque después lamenté que no se extendiese mucho más-, Matilde me concedió una mirada y me habló:
-¡Qué fastidio!, la de música siempre le hace cantar lo mismo a los chiquitos, ¿viste?
No recuerdo qué, pero algo le contesté, mientras pegaba largas brazadas en ese mar azul que me invadía el alma. Después nos dijimos un par de insignificancias más y, entre gritos y empujones, cada cual se fue al aula. Desde entonces, la sensación de tener un puño en el estómago, tanto cuando nos cruzábamos como cuando evocaba en soledad su figura, no me abandonó más. Por supuesto, le pedí a Rogelio que guardara máxima reserva de esta confesión, y él me juró por todos los santos habidos y por haber que no saldría de su boca ni el más mínimo detalle.
Como era lógico, al día siguiente toda la barra de 7° B comentaba el profundo metejón que yo me había pescado con "la difícil" de la escuela. Mi enojo fue más que real, fingido, ya que no me importaba que tuviera estado público mi sentimiento, y quizás de esta manera llegara rápido a conocimiento de la principal destinataria. Los muchachos, solidarios, viendo mi estado de enamoramiento perdido, mi mutismo sin lógica, decidieron en concejo fugaz consultar al veterano de la tribu, al maestro de los emprendimientos amorosos, al líder: el Toño. Fue entre la cuarta y la quinta hora cuando Toño, con esa experiencia que dan los romances ininterrumpidos, me tomó por los hombros y me aconsejó como un padre:

- Beto, no andés con vueltas. Atracala de una. No le des tiempo a reaccionar. Así son las minas, si las dejás pensar te doblan el brazo.
- Bueno, sí, pero yo
- ¡Shhh! Mirá que si no te apurás, hay muchos que están en la lista esperando levantársela. Yo mismo, si vos no lo intentás, tengo ganas de arrimarme a esta minita, creo que se fijó en mí hace un tiempo.

No sé de dónde apareció el guerrero que me atravesó el pecho con su espada bruñida. La sensación fue algo peor. Anticipada la traición de Toño no tenía escape: o me declaraba a mi amor o la perdía para siempre. Le dije a Toño que esperara, que me largaba con todo, que ya iba a ver.

El recreo iba promediando, pero mis rodillas se negaban a articular un movimiento digno. No sé cómo, pero en un determinado momento en que el motivo de mis penurias se alejó un poco de su inseparable amiga, me fui acercando como un tembladeral viviente, con el rostro sumido en un calor infernal, le toqué el hombro, se dio vuelta.

- ¿Sí?
- Mati, yo yo
- ¿?
- Mat Matilde yo quería preguntarte...
- ¿Qué cosa?
- Dice el Toño dice si no querés salir con él.
- ¡Bobo!

Al darse vuelta pienso que hasta sentí el portazo que me cerró la entrada al Paraíso.

Angustiado,

vencido, envejecido prematuramente, volví hacia donde me esperaba el Toño, con una mirada condescendiente que me terminó de derrumbar.

- ¿Y? ¿Te la levantaste?
- No, Toño. No hay nada qué hacer. La mina está con vos.

Lafinur